

## *Víctor Armand Ugón*

(1900-1972)



El 8 de octubre de 1972, imprevistamente, falleció el Profesor Ad-Honorem de la Facultad de Medicina, Dr. Víctor Armand Ugón.

Todos los que le conocieron: sus amigos, sus colegas, sus alumnos y sobre todo sus enfermos, solo pueden conservar de este hombre, calmo y dulce, benevolente y generoso, pero de voluntad firme, de corazón robusto y de recta moral, un hermoso recuerdo.

Nació el 14 de mayo de 1900 en Colonia Valdense, fundada por su propio padre, pastor evangélico. Cursó sus estudios secundarios en el liceo de su ciudad natal, para luego ingresar a la Facultad de Medicina. Allí se destacó por sus conocimientos, capacidad y responsabilidad.

Se inició en la Asistencia Pública como Practicante Interno en 1921 a la que permanecería vinculado durante más de medio siglo culminando en el cargo de Director del Instituto del Tórax.

Fue Médico Interno del Hospital Fermín Ferreira y rápidamente se orientó hacia la cirugía. Se vinculó desde sus comienzos a la Clínica del Prof. García Lagos en donde desempeñó los cargos de Jefe de Clínica y Asistente. Fue luego Asistente del Prof. Larghero en 1944 y del Instituto de Tisiología en 1946.

En sus inicios practicó toda la cirugía general, pero su intuición le permitió vislumbrar el espléndido porvenir que le esperaba a la cirugía del tórax y a ella dedicó entonces sus esfuerzos. Se inició en esta rama de la cirugía en los tiempos en que recién comenzaban a elevarse sus cimientos en el mundo entero. En consecuencia, la comenzó aprendiéndola y enseñándola a la vez. Conducido por una aguda inteligencia y una recia voluntad prosigió su obra, culminándola en la creación de una auténtica Escuela de Cirugía Torácica Uruguaya, en la que, bajo su experta dirección, se formaron la casi totalidad de quienes hoy practican en nuestro medio la especialidad.

Por eso es justo reconocer en él al fundador, creador y maestro de la cirugía del tórax en el Uruguay.

La obra científica de Armand Ugón es considerable e imposible de condensar en una síntesis apretada. A través de ella se constituyó en figura rectora de la cirugía torácica alcanzando la misma repercusión continental y mundial.

Centró su labor en el estudio de la Patología, la Clínica y la Cirugía de las afecciones del tórax. Inició y desarrolló la cirugía de la tuberculosis estableciendo con absoluta precisión las indicaciones y la técnica de la frenicoplastomía, toracoplastias y resecciones pulmonares. Abierto al progreso comprendió el rol fundamental de la moderna quimioterapia y el lugar respectivo del tratamiento médico y quirúrgico de la enfermedad. Fue también pionero de la cirugía del cáncer pulmonar.

Ningún capítulo de la vasta patología pleuropulmonar le fue ajeno, pero es seguramente a través de sus estudios sobre la Patología Hidática del tórax que su labor científica alcanza su máxima dimensión. Su nombre alcanzó repercusión internacional por sus numerosos trabajos sobre la hidatidosis pulmonar y pleural. Su procedimiento del "parto de la hidátide" es conocido universalmente como el "método de Armand Ugón".

Recogió la síntesis de su enorme experiencia en el libro "El Tórax Quirúrgico" publicado en 1938 por la Editorial Científica del Sindicato Médico y que al lado del "Abdomen Agudo" de Del Campo representan dos joyas de la literatura científica nacional. Aún hoy la lectura de ese libro es de gran beneficio.

La tarea desarrollada por Armand Ugón y sus numerosos colaboradores colocó a la Escuela

la Uruguay de Cirugía Torácica entre las más prestigiosas del Continente. El Instituto del Tórax se convirtió en lugar de pasaje obligado de muchos cirujanos de renombre mundial, que allí concurrían atraídos por el prestigio del mastro.

Armand Ugón practicó hasta sus últimos días la cirugía general, pero su campo predilecto de acción era el tórax. Era un excelente técnico, de gran habilidad manual, que manejaba los pedículos con gran familiaridad y con aparente descuido, pero real seguridad. Su agresividad distaba mucho de la irreflexiva temeridad.

No puede extrañar entonces que su opinión fuera siempre requerida por sus colegas en los casos difíciles, y que éstos le confiaran la suerte de sus seres queridos, seguros de que confiaban la salud de ellos, a las manos más expertas.

Fue relator en congresos extranjeros y dictó numerosas conferencias fuera del País.

No era hombre de anfiteatro ni de la exposición sistematizada y completa de un tema. Su enseñanza se hizo siempre a propósito del caso concreto del enfermo y con sentido netamente clínico. Era un eximio clínico, de gran intuición. En ella y en su enorme experiencia basaba sus diagnósticos, y quien no le oyó decir "Esto es tal cosa y no tal otra" sin abundar en otros argumentos diagnósticos. A pesar de una apariencia que parecía desmentir su aserto, ocurría que casi siempre tenía razón.

En 1948 la Facultad de Medicina reconoció su altísimo valor y le nombró Profesor Ad-Honorem. El no necesitaba sin embargo de títulos académicos para ejercer su auténtico magisterio, haciendo permanentemente con su presencia y su conducta médica y humana, la base esencial de su enseñanza.

Fue Presidente de nuestra Sociedad de Cirugía, serio, activo, ecuánime y de sonriente autoridad.

En 1958 presidió el 9º Congreso Uruguayo de Cirugía, en esa ocasión pronunció un hermoso discurso en el que luego de reconocer que esa era la más dichosa circunstancia de su vida de cirujano, retrató en hermosas frases la vida íntima del cirujano.

Su campo de actividad no se limitó al ejercicio profesional. Sus inquietudes humanísticas lo llevaron a dedicar lo mejor de sí mismo a otras nobles tareas. Presidió hasta su muerte la Comisión Honoraria de Lucha Antituberculosa, y allí demostró durante su prolongada gestión ser un administrador imbuido de arraigados principios de justicia social, preocupado por buscar soluciones económicas que mitigaran las penurias de los hogares de los enfermos.

Cumplió también fugazmente gestiones de gobierno, en razón de un reconocimiento acertado de su enorme pujanza vital, de su fecunda trayectoria y de sus reconocidos méritos.

Tal ha sido en grandes rasgos la hermosa obra de Armand Ugón, y el hombre no estaba por cierto por debajo de su obra.

Todos quienes lo trataron, quienes tuvieron aunque más no fuera un breve contacto con él, atestiguarán seguramente que era un hombre de noble corazón. Sereno, calmo, respetuoso de las opiniones ajenas, generoso, conquistó el afecto perdurable de quienes tuvieron el privilegio de conocerlo y admirarlo.

Armand Ugón reposa ahora la gran paz de la muerte.

Su existencia ha sido la de un ser de excepción, de un hombre que no conoció más que la rectitud, la bondad, la generosidad, la justicia, y que durante toda su vida trabajó solo para el bien.